

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

La predicación en la Iglesia es confirmación de la misión encomendada por Jesús. Los apóstoles han recibido del Señor el mandato de anunciar el Evangelio a todos los pueblos. En el fragmento de hoy se nos muestra como un ensayo general de lo que va a acontecer después de la Ascensión de Jesús a los cielos.

Jesús los envía de dos en dos. San Gregorio Magno señala que lo hace para recordar el doble precepto del amor a Dios y al prójimo. También podemos ver una aplicación práctica: si el apóstol va solo puede dudar, encontrarse con argumentos que no puede refutar, correr el peligro de quedar convencido por otro o de desanimarse. Por eso necesitamos de la comunidad (la Iglesia). Siempre encontraremos en el testimonio de otros cristianos fuerza y argumentos para confirmar lo que creemos y, por otra parte, ejemplos para estimular nuestro apostolado.

«La mies es mucha y los obreros pocos». La verdad de estas palabras del Señor sólo se dan cuenta los que están comprometidos en el apostolado. La oración por las vocaciones nace del deseo sincero de que Cristo sea conocido. Juan Pablo II ha dicho: «La fe se fortalece dándola». En algunos santos misioneros esta oración se ha convertido en grito angustiante al ver multitudes que no conocen a Jesucristo. Así escribe san Francisco Javier, desde el Extremo Oriente hasta París, quejándose de que se le cansa el brazo de tanto bautizar mientras otros pierden el tiempo deambulando por los claustros universitarios.

«Como corderos en medio de lobos», y sin alforja ni sandalias. Lo mismo dice san Pablo: «Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo». El apóstol vive peligros, pero ha de sostenerse sobre todo con la gracia. No debe poner su confianza en los apoyos humanos, ni tampoco temer los poderes del mundo.

«No andéis de casa en casa». Es decir, consolidad la predicación. No sólo hay que anunciar, sino que también hay que formar. Jesús estuvo tres años con sus apóstoles. A veces la formación exige tiempo. Hay que tener paciencia. El evangelio genera una amistad alrededor de Jesucristo («comed y bebed de lo que tengan»). Es muy urgente la auténtica amistad entre cristianos para compartir las experiencias de la fe, para rezar juntos e idear modos de misionar.

Al final, sin embargo, el cristiano no puede hablar sino desde una experiencia personal. No se trata de un conocimiento ideológico, sino de una vivencia. Así lo canta el salmo de hoy: «Fieles de Dios, venid a escuchar, os contaré lo que ha hecho conmigo».

Invoquemos a María, Reina de la Evangelización.